



LA CARIDAD MODERNA

VAMOS á celebrar un suceso verdaderamente digno de conmemoración y de alabanza; uno de esos hechos en que se confunden en elocuente armonía la miseria y el lujo , la alegría y la tristeza , las lágrimas y las sonrisas , los placeres y las penas , la noche y el día.

Es preciso que la naturaleza sea testigo de esta confusión humana ; pero no ha de ser la naturaleza brutal , ignorante , desordenada , digámoslo así , empírica , sino la naturaleza ilustrada , corregida , clasificada , científica.

Se trata de un baile , que es el bello desorden de la sociedad , en el Jardín Botánico , que es el orden científico de la naturaleza.

El jardín se convierte en un salón ; aquellos árboles severos é insensibles van á presenciar las tiernas locuras de los más tiernos sentimientos ; el

fausto y la alegría van á reunirse allí , á celebrar las angustias del hambre y la estrechez de la miseria.

Es una fiesta en nombre de los pobres ; un placer en nombre del dolor ; una felicidad en nombre de la desgracia.

Semejante prodigio lo debemos á la profunda caridad que se anida en el fondo insondable de unos cuantos corazones sensibles.

El interés que en las almas compasivas inspiran la desgracia , el desamparo y la miseria , no ha tenido nunca manifestaciones más espléndidas.

Á la tristeza , la compasión ó la pena que despierta en el alma el espectáculo de las desdichas ajenas , no se habían concedido más que dos maneras de manifestarse : por medio de las lágrimas , ó por medio de las limosnas.

La caridad no había encontrado más que dos maneras de ejercerse.

No sabía más que llorar con el afligido ó partir el pan con el desamparado.

Esto es : consolaba , ó socorría.

O , lo que es lo mismo : unas veces daba , y tomaba otras veces.

Daba la limosna de su bolsillo , el pan de su mesa , y tomaba del infeliz á quien socorría la parte de pena necesaria para dejarle consolado.

Pero este era un procedimiento demasiado vulgar , una compasión poco distinguida , un modo de hacer bien ramplón , sin buen gusto , sin elegancia ,

sin fausto ; una caridad , en fin , demasiado pobre , sin brillantez , sin celebridad , sin gloria.

Una caridad que se ocultaba , que se escondía , como si se avergonzara de sus obras , no era digna de este siglo de la publicidad.

Una caridad sin joyas , sin coches , sin encajes , es ciertamente una caridad demasiado infeliz.

La tristeza , la compasión y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas , prorrumpen hoy en magníficos bailes , estalla en soberbias fiestas y se deshace en alegría , en placer , en vanidad , en lujo.

Tristeza que se perfuma , compasión que baila , pena que se divierte.

¡ Ah ! ¿ Por qué la caridad ha de tener las lágrimas en los ojos , la tristeza en el semblante y la pena en el alma ?

¿ Por qué la caridad ha de ser modesta ?

Ó mejor dicho :

¿ Por qué la modestia ha de ser una virtud ?

¿ Por qué no hemos de levantar la tierna bondad de nuestros corazones sobre el brillo de nuestros placeres ?

Hablemos con franqueza :

— ¿ Qué es caridad ?

— La caridad es la primera de las virtudes ; consiste sencillamente en amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo.

Perfectamente ; pero ¿ quién ha dicho que el moverse , ya en una dirección , ya en otra , ya á la

vez en todas direcciones, es aborrecer al Autor de todas las cosas? ¿No bailó David delante del Arca? Amar al prójimo como á sí mismo. ¡Santo cielo! ¿Dónde se ama al prójimo más que en un baile? Y bien: ¿por qué bailar no ha de ser una obra de misericordia? ¿Por qué la virtud no ha de ser una fiesta? ¿Por qué el placer no ha de ser compasión? ¡Ah!.... ¡seríamos todos tan virtuosos!

Es verdad: convertid en virtudes todos los vicios, y la naturaleza humana habrá llegado á la plenitud de su perfección.

Declaremos que todo es bueno, y el hombre más perverso se verá en la imposibilidad de ser malo.

Ello es que sería edificante el espectáculo que debió ofrecer el Jardín Botánico á las miradas de los curiosos.

Cuatrocientas personas, todas escogidas, se reunieron allí á dar al mundo público testimonio de la sensibilidad de sus corazones.

Habían acudido presurosas á la cita de un baile, con puntualidad consoladora.

¡Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¡Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¡Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¡Qué fuego en los relámpagos de aquellas miradas!

¡Qué aflicción en aquella alegría!

¡El *buffet*, espléndido!

¡La orquesta, incomparable!

¡Qué vals aquel! ¡Qué polkas aquellas! ¡Qué animación, qué regocijo, qué lujo, qué magnificencia!

Es decir:

¡Qué solicitud por los pobres!!!

Las palabras no tienen bastante valor para que podamos rendir con ellas el tributo de alabanza que el prodigio de esta caridad merece.

Es preciso apelar á los números, que son más elocuentes, más severos y más inflexibles.

Hagamos un cálculo.

Cuatrocientas personas acuden presurosas á la cita que en el más serio de los jardines les da la más alegre de las caridades.

Cada una de ellas echa, bajola forma de dos duros, un óbolo misericordioso en el platillo de la miseria, y, sea como quiera, al fin los pobres recogen la suma, siempre respetable, de diez y seis mil reales.

Dueños, digámoslo así, de esta suma, duro sobre duro, pueden muy bien considerarse ricos.

Ellos exclamarán: «¡Diez y seis mil reales! Somos felices».

En medio de esta alegría llaman á la puerta, y la puerta se abre, y entra el fondista.

El fondista trae una cuenta, y esta cuenta dice:

«*Buffet*.... ocho mil reales.»

¡Golpe tremendo!

La caridad danzante abre el apetito, y cuatrocientas personas que pasan la tarde bailando á be-

neficio de los pobres, por pura caridad, necesitan tener á la mano una mesa medianamente espléndida que dé vigor á sus miembros, desfallecidos por el peso enorme de tan grande obra de misericordia.

El *buffet* era indispensable, y, fuerza es decirlo: el hambre paga el *buffet*. Vuelven á llamar á la puerta, la puerta se abre, y entra otra cuenta, en la que, poco más ó menos, puede leerse lo siguiente:

«Alquiler de las sillas...., mil reales.»

Los pobres, en la imposibilidad de hacer otra cosa, pagan y suspiran, porque el pobre es el único que no puede deber.

Si pudieran deber, probablemente serían ricos.

Y, además, ¿cómo han de negarse á pagar una deuda tan justa?

Cuatrocientas personas atareadas en socorrer la miseria de los pobres, ¿no habían de tener una silla donde sentarse?

Las sillas no podían suprimirse.

Un nuevo golpe dado en la puerta anuncia una nueva visita.

No hay manera de negarse, porque la pobreza no se puede ocultar.

La puerta se abre por tercera vez.

Es una cuenta alegre; la cuenta de los músicos, que dice, duro más ó menos:

«Orquesta...., dos mil reales.»

Un baile sin música es imposible.

Los músicos son absolutamente indispensables á los danzantes.

Á nadie se le ha ocurrido jamás bailar sin ton ni son.

No hay más remedio que pagar.

De los diez y seis quedan cinco; pero vuelven á llamar á la puerta.

—¿Quién es?

—La cuenta del alquiler de la magnífica tienda de campaña que ha servido de salón en el baile campestre dado á beneficio de los pobres.

—¿Y qué quiere?

—Puesta y quitada, podrá subir á unos.... dos mil reales.

Una tienda era allí de absoluta necesidad, porque allí había de comprarse el dulce placer de hacer bien.

¡Quedan tres mil reales!.... Pero la campanilla de la puerta parece incansable, y vuelve á sonar.

Es otra cuenta: la cuenta de los gastos menudos, que á lo sumo puede ascender á mil reales.

Pero llaman de nuevo á la puerta.

Jamás se ha visto la casa de la miseria más frecuentada.

Es otra cuenta.

Era preciso que los pobres tuvieran allí cierto número de criados para servir á los ricos; alguna vez han de echar los pobres la casa por la ventana.

¿Qué queda?

.....

Se reunen cuatrocientas personas, y se dan á sí mismas un baile espléndido á beneficio de los pobres.

¿Se les puede pedir más?

Y en el fondo de todo esto, ¿qué hay? Justo es decirlo: un bello sentimiento.

La caridad tiene que llamar á las puertas del corazón moderno con el aldabón de un magnífico baile, de un baile en el cual no falte requisito ni atractivo.

Los pobres no pierden nada, y al fin gozan algo; pero la caridad, ¡ah!, la caridad se convierte en placer.

Mas doblemos la hoja, porque detrás de esta caridad espléndida hay una ciencia luminosa, y lo que no haga el placer lo hará la sabiduría. Dejemos reposar á tan bellos sentimientos del cansancio de tan ruidosa fiesta; calle el deleite enternecido, y hable la razón iluminada.

Oigamos.



LA GRAN CIENCIA

E seguro que en la mayor parte de las provincias de España se encuentran, á estas fechas, afligidas las gentes, creyendo de buena fe que recorre los pueblos, é invade los campos, y penetra en las ciudades, una miseria tenaz y espantosa.

Es posible que las cosechas se hayan perdido sin que haya manera de encontrarlas; que el comercio se halle parado como un reloj sin cuerda; que las industrias se encuentren detenidas como un lobo en una trampa, ó como un pájaro en un lazo.

Es posible que el hambre, estallando como una mina por innumerables bocas, haga resonar por todas partes la misma detonación: «¡Pan, pan!»

Es posible que se decidan al fin por morirse

todos aquellos á quienes les es imposible seguir viviendo.

Todo esto es posible; pero debe tranquilizarnos la idea consoladora de que no es probable.

No nos dejemos sorprender por la mala intención de las apariencias, y, en todo caso, disputémosle á la realidad misma el derecho con que pretende tiranizarnos.

Discutamos.

No es cosa de que consintamos que el hambre venga á desmentir la evidencia de nuestras prosperidades, sin más título que el de llamarse hambre.

Ante todo, la razón.

No podemos permitir que la miseria invada nuestras comarcas y se apodere de nuestros pueblos, en el momento en que la gran ciencia del crédito asegura á las naciones todas las felicidades de un bienestar eterno.

Examinemos los poderes de esa miseria intempestiva, que levanta por todas partes millares de manos que piden pan.

Fijémonos bien: esa hambre es injusta, es traidora.

Ella penetra cautelosamente en el seno de una familia, y se apodera poco á poco de todos sus individuos, so pretexto de que aquellos infelices no tienen que comer.

Este es siempre su procedimiento, y un pretexto no es una razón, y en el pretexto está su grande injusticia.

¿Á quién acomete? Siempre ha hecho lo mismo; acomete á los más pobres, á los más débiles.

¿Con qué razón puede tomarse la libertad de presentarse entre nosotros?

La riqueza dividida, ¿no se ha aumentado para propagarse por todos los términos de la especie humana?

Esos grandes tesoros arrancados de tantas manos muertas, ¿no han podido llegar todavía, ni en poco ni en mucho, á las manos de tantos vivos como recorren los pueblos, empeñados en hacerlos creer que se mueren de hambre?

El crédito, multiplicando fabulosamente la fortuna pública por medio de una aritmética milagrosa, ¿puede consentir que el hambre, problema puramente económico, no tenga más solución que el amor al prójimo?

Sería vergonzoso.

Descubrir, por medio de las sabias investigaciones de una ciencia, tesoros inagotables de riqueza, abundancia siempre creciente; estallar á la vez la miseria como estalla una conspiración, y abandonar el conflicto á las decisiones de la caridad, sería confesar, con grave menoscabo de la razón soberana, que la virtud sabe más que la ciencia.

¿Habíamos de incurrir en semejante consecuencia?

Entendámoslo bien.

En la ciencia todo es razón, en la caridad todo

es fe ; sin razón no hay ciencia , sin fe no hay caridad.

Es verdad que no hay un pobre en estos momentos, y los hay á millares, que pretenda averiguar quién es, adónde vive el más sabio de los economistas, á la vez que todos ellos tienden las manos preguntando dónde hay un corazón compasivo.

Ellos no preguntan quién tiene ciencia.

Sólo desean saber quién tiene caridad.

Esto es demasiado cierto ; pero es el caso, que los pobres no pueden ser jueces, precisamente porque son parte.

Además, ¿quién puede abrigar la ridícula pretensión de meterle en la cabeza á un pobre que se muere de hambre, la seguridad de que hay una ciencia humana que tiene por objeto acabar con los pobres?

El hambre es, por lo común, demasiado testaruda para dejarse convencer ; y aunque vea que para acabar con los pobres no hay medio más seguro que dejarlos morir de hambre, no creará jamás en semejante ciencia.

Dará más fe á cualquier pedazo de pan que le pongan en la mano, que á todos los economistas que pudieran ponerse delante.

No pudiendo ser jueces, parece que hay bastante razón para recusarlos asimismo como testigos.

Ellos, sobornados por la ignorancia y oprimidos por la necesidad, declararían contra la ciencia.

Una cosa es tener hambre, y otra cosa es tener razón.

Por una parte tenemos á la economía política, que anda por el mundo derramando sobre las naciones los beneficios de una prosperidad que parece interminable.

Por otra parte tenemos á la miseria, que anda empujando, ya hacia una parte, ya hacia otra, masas de pobres que parecen también interminables. Comparemos.

Principio fundamental de esta ciencia: el crédito.

Principio fundamental de esta miseria : el hambre.

Del crédito pueden darse muchas definiciones; pero no tiene más que una aplicación, que es esta: tomar prestado.

Á la miseria pueden atribuírsele muchas causas; pero ella no tiene más que una solución, que es esta : pedir limosna.

La necesidad es el resorte común que pone en movimiento las manos del que toma prestado y las manos del que pide limosna ; pero esa necesidad no es la misma.

En el primer caso, esa necesidad puede llamarse lujo, puede llamarse vicio, puede llamarse negocio.

En el segundo caso, esa necesidad no tiene más que un nombre; se llama hambre.

El que da prestado obedece á esa ley ciega y poderosa, sancionada por la ciencia, que se llama interés.

El que da limosna obedece á esa otra ley que la fe ilumina, y que se llama caridad.

¡Qué diferencia!

Tomar prestado y pedir limosna son dos cosas que se rechazan; por consiguiente, donde está la economía no puede haber miseria, donde está el interés no puede haber hambre; en una palabra: donde está la ciencia sobra la caridad.

Ante los ojos positivos de la economía triunfante, la limosna es un dinero que se pierde, y el préstamo un capital que se dobla.

El interés del dinero crece y se desarrolla con ímpetu poderoso: un duro vale ya dos duros; luego el dinero se multiplica.

Y cuando el dinero crece de tal manera, ¿es posible que la riqueza mengüe de ese modo? Habiendo tantos ricos, ¿es creíble que haya tantos pobres?

Y por otra parte, mirando las cosas desde aquí, desde este centro luminoso que se ha erigido en capital, digámoslo así, de la monarquía, es imposible incurrir en error semejante.

¡Pobreza! Y aquí se paga la vida á peso de oro.

¡Hambre! Y Madrid está lleno de fondas.

¡Miseria! Y el lujo nos ahoga.

Ante la razón y ante los hechos, semejante especie es de todo punto absurda.

¡Qué habríamos hecho con tanto ruido de ciencia, con tantos tesoros de conocimientos, con tan abundante mina de datos y de estadísticas, con tanta riqueza de doctrina económica, si, so pretex-

to de que no ha llovido, ó de que ha llovido mucho, con excusa de una guerra, con el motivo aparente de que la industria se para y el comercio se estanca, de que los talleres se cierran y los obreros no trabajan, de que la Bolsa baja y el pan sube, admitimos que la miseria se esparce por dilatadas comarcas, y los pueblos se ven inundados por los pobres!....

No; la miseria es científicamente imposible; el pobre no existe, la sociedad lo rechaza, nuestra prosperidad lo condena, nuestra opulencia lo niega.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALLAN DE REYES"
MONTERREY, MEXICO



MAS CIENCIA NUEVA

AUNQUE nadie la haya visto en la *Guía de forasteros*, puedo asegurar á Vds. que la miseria es *general*, y que se ha *pronunciado* bajo el triple aspecto del que pide limosna, del que pide trabajo y del que toma lo ajeno.

No sé si hay alguna provincia en España donde hoy no se la vea mandar y dirigir ejércitos más ó menos numerosos de pobres.

El lujo es el alma del mundo moderno, es la necesidad de nuestro siglo; pero el siglo se ve repentinamente acometido por la necesidad opuesta: delante del lujo particular se levanta la miseria pública; ante la necesidad del despilfarro se levanta la necesidad de las economías.

Hacer economías es deshacer lujos; pero esto no quita que el lujo sea un elemento de la economía.

Nuestros padres, por ejemplo, eran económicos; pero ¡ah! nosotros somos economistas.

Hay un género de economías que pertenece á las mujeres que tienen la pretensión de saber gobernar su casa; economía empírica, relegada al obscuro manejo del gobierno doméstico, que consiste en reducirse á vivir con lo que se tiene, ó en no gastar más de lo que se gana.

Pero aquí hablamos de la economía elevada á ciencia, que consiste en gastar más de lo que se tiene, en consumir más de lo que se gana.

Esto es ciencia y esto es economía.

¿Es posible?

Entendámonos.

Hay cosas que pueden suceder, aunque no hayan sucedido nunca.

Lo posible viene á ser como un saco roto, dentro del que todo cabe, y un saco roto es la mayor capacidad que se conoce.

Lo posible tiene sus límites más allá de lo probable, más allá de lo verosímil, mas allá de lo creíble.

Hay hechos que sólo se prueban por sí mismos, es decir, que son, porque son; hay otros que los estamos viendo, y nos parecen mentira, y hay, en fin, algunos que los tenemos delante y no los creemos.

Es un hecho, por ejemplo, que Napoleón perdió la batalla de Waterloo.

Pues bien: yo pregunto:

¿Por qué el Gran Capitán del siglo perdió la gran batalla del siglo?

Podéis reiros de los charlatanes, porque eso nadie lo sabe.

Todo lo que la razón puede contestar, formalmente hablando, es esto: «La perdió, porque la perdió».

El mismo Napoleón no acertó á explicarse aquello de otro modo.

El suceso se urdió admirablemente, con el mayor sigilo, en la máquina misteriosa de un telar invisible.

Todo estaba previsto por el grande hombre.

Todo estaba calculado; todo, menos una cosa: la derrota.

Napoleón había citado allí á la victoria, y, si podemos decirlo así, la victoria le había dado su palabra de honor de acudir á la cita; pero la victoria faltó á su palabra, y, en su lugar, acudió la derrota.

Aquello fué, porque fué.

Nadie duda que Napoleón perdió la batalla de Waterloo.

¿Por qué?

Por una razón terminante y única: porque la perdió.

Hace años se levantó el mundo entero proclamando la unidad de Italia.

Cayó un trono, y luego otro, y luego otro; ó, mejor dicho, cayó un pueblo, y otro pueblo, y otro pueblo.

La poderosa Austria tuvo que retirar sus enormes ejércitos, dejando en poder del Piemonte todo un reino.

Parecía que Italia no iba á tener bastante con Italia.

Antes de dar el último golpe en la obra de la unidad, faltaba borrar la figura geométrica del cuadrilátero; pero el cuadrilátero se reía muy formalmente, por la formidable razón de que era inexpugnable.

Pues he aquí que el cuadrilátero, cansado de ser invencible, dobla de repente la rodilla y se entrega á sus enemigos, y Austria se retira, dejando en poder del Piemonte las fortalezas que eran como las puertas de su casa.

Quedaba para la consumación de la unidad de Italia lo último y lo más necesario, y lo último y lo más necesario era lo más indefenso, lo más débil, lo más fácil.

Aquello era como llegar y besarla durmiendo; era tender la mano y coger; era coser y cantar.

A la unidad de Italia sólo le faltaba Roma.

Roma indefensa.

Roma es necesaria á la unidad de Italia como la cabeza es necesaria al cuerpo.

La unidad sin Roma es una unidad decapitada. Roma, sin embargo, permanece en medio de Italia, sitiada por la unidad de Italia, cada vez más indefensa y cada vez más invencible.

¿No es este un hecho que parece mentira?

En los misterios insondables de esa ciencia llamada economía moderna, encontramos el ejemplo de un hecho que todos vemos y nadie cree.

Y para que la maravilla sea más completa y nuestro asombro más justo, debemos decir que este hecho *increíble* se verifica en virtud de una fuerza que se llama *crédito*.

El que más debe es el que más tiene.

He aquí un hecho evidente que nadie cree.

Es el *menos* convertido en *más*.

El que suma lo suyo puede sumar algo; pero el que suma lo ajeno puede muy bien sumarlo todo.

Este es el hecho.

Cualquiera ante la evidencia de este hecho, de tan diferentes maneras realizado, preguntará:

—Dígame V.: ¿por ventura lo ajeno es mío?

Y será preciso contestarle resueltamente:

—No.

Y replicará:

—Pues entonces, ¿cómo puede ser mío lo que es de otro?

Y le diremos:

—De ninguna manera.

Y volverá á preguntar:

—Entonces, ¿qué es esto?

¹ Esto se escribía en 1867.—En Septiembre de 1870, aprovechando la tremenda lucha entre Francia y Prusia, Víctor Manuel, haciendo pérdidas salvedades, acaba de apoderarse de Roma por una violencia inaudita.

Y habrá que volverle á contestar :

—Un hecho.

—¿Un hecho qué?

—Un hecho increíble.

Sin salir de nosotros, podemos plantear la cuestión por su doble aspecto.

Yo pregunto :

—¿No somos hoy más ricos que hemos sido nunca?

Y me contestarán :

—Sí.

Otra pregunta :

—¿No debemos hoy más que hemos debido nunca?

Otra respuesta :

—Sí.

Tercera pregunta.

—¿Creéis que es más rico el que más debe?

Tercera respuesta :

—No.

Delante de cualquier prestidigitador se os puede ofrecer el mismo caso. Veis las maravillas que hace con sus manos; no podéis negar el testimonio de vuestros sentidos, pero no lo creéis.

Es, pues, posible.

Yo tengo. He ahí el pequeño bolsillo donde cerraban nuestros padres toda su fortuna.

Yo debo. He ahí la mina inagotable de donde sacamos nosotros toda nuestra riqueza.

Vivir con lo propio, es una vulgaridad que ha

detenido en los individuos, en las familias y en los pueblos, el desarrollo de la riqueza pública.

Vivir con lo ajeno, es el principio luminoso que lleva de casa en casa, de pueblo en pueblo, de nación en nación, la cultura de la riqueza universal.

Vivir con el trabajo de ayer, es no acertar á salir del día; es para el hombre como ir detrás de sí propio: pero vivir con el trabajo de mañana, es adelantarse á su tiempo, ó ir delante de sí mismo.

La economía tenía antes por base el ahorro; ahora tiene por fundamento el lujo.

Antes no pasaba de ser una virtud, una pobre virtud; ahora es una ciencia, toda una ciencia.

Tener lo que se puede, es ciertamente tener algo; pero tener lo que se quiere, es más, es mucho más: es tenerlo todo.

El trabajo era el principio de aquella economía.

El lujo es el elemento de ésta.

Y convengamos en que el lujo es más cómodo que el trabajo.

Trabajar para vivir no es lo mismo que vivir para gozar.

La miseria es general. Y bien: ¿qué tenemos con eso? ¿Acaso el lujo no es tan general como la miseria?

Medid bien la profundidad de estas dos medidas.

Pobreza : medida — vacía, por su puesto — de lo que el hombre necesita para vivir.

Lujo : medida—nunca llena—de todo lo que el hombre necesita para gozar.

El lujo no es más que la superficie ; la miseria es el fondo.

Lujo es una palabra cuyo sentido es miseria.



EL LUJO DE LAS MUJERES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SE ha levantado en el corazón mismo de la Francia un grito terrible contra el lujo de las mujeres, que ha sido inmediatamente acogido por todos los hombres.

La voz de M. Dupin, más aguda que profunda, ha ido á clavarse como la punta de una aguja en la piel delicada y sensible de todos los bolsillos.

Este suceso tiene dos aspectos.

M. Dupin, alzándose valerosamente contra el lujo, llega á tomar á nuestros ojos las proporciones de un grande hombre; pero el mismo M. Dupin, acometiendo con impetuoso denuedo el lujo de las mujeres, pasa á los ojos de cualquiera por no ser más que un pobre hombre.

En el primer caso, parece que, lanzándose en medio del camino por donde se precipita la corriente del siglo, intenta detenerla.

Esto es sublime, es heroico; supone un valor extraordinario y una fuerza invencible.